

Las mentiras de la ciencia

Federico Di Trocchio, Madrid, Alianza Editorial, 2013

Gerardo Reyes Ruiz* | Ma. de Lourdes Elena García Vargas**

¿Por qué miente la gente? Y particularmente, ¿por qué mienten los científicos? ¿Cuáles son las causas que los inducen a distorsionar la realidad? ¿A qué precio y hasta qué punto el ser humano, aparentemente con altos valores académicos y morales, es capaz de vivir y hacernos vivir en el engaño? Di Trocchio juega con las palabras verdad, falsedad y mentira, las cuales derivan en el engaño, falsificación, plagio, etcétera. En este libro no se encuentra una trasmisión o exposición de valores morales socialmente aceptables, sino que se resalta la carencia de valores como la verdad y la honestidad por parte de la comunidad científica. La finalidad del libro, sin embargo, no es exhibir la carencia de ética profesional que se percibe dentro del mundo científico, ya que el autor centra su atención en los orígenes de la mentira, a través de lo que él llama el “móvil de la mentira”.

De lo anterior surgen las siguientes preguntas: ¿qué sería de la verdad si no existiera la mentira? ¿Qué sucedería con la mentira sin la verdad? ¿La acción de mentir es un don? Toda persona ha mentido en algún momento de su vida, pero si se miente con la finalidad de engañar, entonces es más complicado de lo que parece. Federico Di Trocchio juega muy bien con la polaridad que existe entre las palabras mentira y verdad; pero, ¿cuál de ellas es producto de la otra? Bianchedi (2001: 182) sostiene que “el problema de la verdad es un dilema esencial que confronta al ser humano que piensa y trabaja con su mente; un problema discutido por filósofos desde hace milenios, y por supuesto, por investigadores científicos y metodólogos”. A su vez, Bion (cit. en Bianchedi, 2001) considera que la verdad es como el “sentido común”, una verdad basada en la experiencia, en la realidad, y no un concepto filosófico. Él supone que una parte de la personalidad del ser puede discriminar entre verdad y falsedad, entre lo que es real y lo que no es, y explica que cuando predomina “la parte psicótica de la personalidad, a través de la omnisciencia o a través del punto de vista de la moral dictatorial, no tenemos la posibilidad de discriminar entre lo que es verdadero o falso”.

* Investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México. Doctor en Estudios Empresariales. CE: greyesruiz@hotmail.com

** Profesora investigadora de tiempo completo de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Doctora en Administración. CE: ada_17_lds@hotmail.com

Pero ¿qué es la verdad y qué es la mentira? Lo primero que viene a la mente es que son dos conceptos completamente subjetivos; además, ¿qué es lo que prefieren las personas? ¿La verdad? ¿La mentira? Seguramente la gran mayoría de las personas prefiere la verdad, pero quizás lo que más se desea es la mentira; es así como surge el dilema de si nos conviene decir la verdad o mentir. Tal vez muchos sostengan que la verdad es lo bueno y la mentira lo malo, pero ¿por qué?, ¿por qué la verdad es buena y la mentira es mala?, ¿qué de bueno tiene la verdad y qué de malo tiene la mentira?

De acuerdo con los planteamientos de Di Trocchio, mentir es un severo y primitivo trastorno de carácter, pero básicamente un trastorno humano —los animales no mienten—. Si se miente sistemáticamente es muy difícil de modificar, especialmente porque la persona mentirosa debe tener talento para mantener sus mentiras conscientemente; el mentiroso debe distinguir muy bien la verdad de la mentira para no caer en ésta inesperadamente, de manera que la acción de mentir puede ser vista como una decisión consciente, o bien como un trastorno severo de la personalidad. El mentiroso de alguna manera sabe que está mintiendo. El término “mentira”, en esta perspectiva, se reserva sólo a los procesos verbales que incluyan palabras, por ello cuando Di Trocchio hace mención, en el título de su libro, a las mentiras de la ciencia, en realidad se refiere a las mentiras humanas,¹ no como alucinaciones, sino más bien como enunciados verbales que se amparan bajo el sustantivo “ciencia”.

Por otra parte, toda mentira implica siempre un engaño, pero ¿un engaño implica siempre una mentira? La respuesta es: no necesariamente. Podría ser que se confundieran los términos o la forma en que se plantean la verdad y la mentira, porque no es lo mismo “decir la verdad con no mentir” que “no decir la verdad con mentir”. ¿Por qué una persona miente? ¿Será acaso para ocultar algo? ¿Para que nadie lo juzgue? ¿Por qué no quiere que lo juzguen? Seguramente porque sería señalado como un mentiroso, porque no quiere que lo condenen. Y esto, ¿por qué? ¿Porque le interesa la gente? Entonces, ¿para qué mentir? El que miente es alguien que teme al resultado y/o el juicio de los demás, la condena de otra u otras personas; y esto es así porque ya se juzgó a sí mismo. El que miente se refugia en su propia condena y en su propia responsabilidad. El problema de la mentira no está en los otros, sino en uno mismo; cuando alguien miente, en realidad no se lo está haciendo a otro, sino que se miente a sí mismo: “miente”, no “te miente”. Lograr que ciertas cosas o situaciones sean de una forma determinada por medio de una mentira es difícil; una mentira puede hacer que las cosas ocurran como se desea, pero sólo por un breve instante, aunque seguramente el que miente sabe, para sí, que lo que se ha logrado es falso, y tal vez no será duradero. Entonces, ¿para qué mentir? Simple: para buscar el control sobre una situación, para tener el poder. Y ¿cómo? Para

¹ Cabe resaltar que la mayoría de los casos que menciona Di Trocchio en su libro son protagonizados por hombres. ¿Será acaso que ellos mienten más que las mujeres?

considerarse como el que sabe y nunca desconoce la verdad, porque engaña, manipula... y éste es un poder —nefasto, sí, pero poder al fin y al cabo—.²

El autor aprecia la verdad como el alimento de la mente que, junto al amor, son esenciales para coexistir. Si se ama la verdad, ésta puede crecer y alimentar la mente a través del aprendizaje por la experiencia. Pero si se la odia, si la verdad se evade, entonces la mentira y el engaño, el veneno de la mente, pueden acontecer y hasta ocupar su lugar (Meltzer, 1990). Así, a la pregunta que formula Di Trocchio: ¿por qué y cómo engañan los científicos? Responderíamos: la ciencia es pasión, un sentimiento muy íntimo que se refleja en lo que uno hace; la gente que hace de su trabajo una mentira no se quiere a sí misma, y no ama su trabajo.

En este libro también se explica la transformación del científico de antaño al científico moderno. Para describir esta evolución el autor hace intervenir diversos factores; mencionaremos los más significativos y determinantes: el económico y el demográfico. El antiguo científico era una persona aficionada que hacía ciencia por convicción, simplemente porque le gustaba, por sobre todas las cosas, ejecutar una idea. Es decir, era como un ciego que quería ver. Con el paso del tiempo, este hacedor de ciencia, este aficionado del conocimiento, se fue convirtiendo, paulatinamente, en mano de obra de la ciencia, en una persona carente de escrúpulos y de valores morales. Tan es así, que al científico moderno se le dice lo que tiene que realizar.

Hoy en día el científico ha perdido la libertad de hacer ciencia, porque se le ha orillado a verla como su trabajo, como su sustento. Como bien lo menciona Di Trocchio, el científico se transformó de un “científico de vocación” a un “científico de profesión”; mientras que en el primero se aprecia una postura siempre dispuesta a arriesgar su carrera por un ideal, el segundo estará totalmente dispuesto a sacrificar las ideas por su carrera.

El autor nos invita en su texto a que reflexionemos acerca del aspecto económico, principalmente porque el antiguo científico no era cualquier persona. Recordemos que en la antigüedad no cualquier persona podía hacer ciencia; el antiguo científico debía provenir de una familia acaudalada o gozar de los favores, promordialmente económicos, de un mecenas. Quienes sostenían sus investigaciones simplemente hacían uso de la riqueza familiar para ese fin. Cuando una persona no conseguía costear sus investigaciones podía optar por la vida eclesiástica y transferir sus gastos a la Iglesia, para poder dedicar más tiempo al desarrollo de sus ideas, o buscaba un mecenas, es decir, una persona solvente que pudiera costear tanto sus gastos personales como los concernientes a su actividad científica. El mecenas era un protector; generalmente una persona rica perteneciente a la alta burocracia que decidía costear los gastos directos e indirectos que se derivasen de las investigaciones

² Francis Bacon argumentaba en el siglo XVI que “el conocimiento es poder”, y lo empleaba para afirmar la utilidad de la sabiduría.

que realizaba el investigador. Sin lugar a dudas, esto creaba para él un ambiente de seguridad y libertad para realizar sus trabajos. Lo difícil era conseguir un protector. La Iglesia también era un mecenas, pero los estudiosos la veían más bien como un obstáculo.

Al transcurrir el tiempo, con la paulatina pérdida del poder absoluto por parte de la Iglesia, y la casi total desaparición de la monarquía, los “medios” de financiamiento para los científicos fueron cada vez más escasos. Simplemente había menos los ricos, en términos relativos, y la Iglesia iba perdiendo su poder, especialmente poder económico. Esto dio como resultado la extinción del antiguo científico: al disminuir los protectores y aumentar los estudiosos se generó un ambiente más competitivo, casi diríamos voraz, y sólo sobrevivieron los que mejor pudieron adaptarse a su entorno. El hombre se convirtió en un devorador de conocimiento, exterminador del mismo hombre. Las estafas científicas de hoy tienen que ver más con la estructura socioeconómica de la ciencia que con su lógica interna. Los científicos modernos que engañan son aquellos denominados mercenarios de la ciencia cuyos móviles no son nobles, ni mucho menos interesantes.

Actualmente el científico se ve impulsado a engañar principalmente por su propio interés, mientras que en el pasado el interés y el prestigio personal ocupaban un segundo lugar, estaban detrás del interés por la ciencia. ¿Será que la perdición del hombre ha sido el mismo conocimiento? En la obra de Di Trocchio se expone el cambio en la forma de hacer ciencia: al penetrar el conocimiento a estratos sociales diversos, dejó de concentrarse en determinados grupos sociales y, por supuesto, el clero. Este comportamiento orilló a las sociedades a reemplazar a los mecenas por otro tipo de protectores mejor estructurados (llámese Estado, universidades, instituciones públicas o privadas). Esta transformación derivó en una nueva forma de hacer ciencia, que pasó de ser una actividad pasiva, de meditación, de divulgación del conocimiento, a una actividad competitiva, que exigía una actitud más agresiva: la lucha del hombre contra el hombre, y la transformación del fruto del conocimiento en un subproducto. Los hacedores de ciencia, aunque provenían en su mayor parte de las clases acomodadas, como no disponían de los medios económicos suficientes para sostener sus investigaciones se dedicaban, al menos temporalmente, a otra profesión. Se aceptaba como una norma el hecho de que esta profesión no fuera la ciencia: no podían hacer ciencia con fines de lucro.

El antiguo científico tenía que ser completamente independiente, desde el punto de vista económico, para que pudiera ocuparse, con total libertad y sin condicionamiento alguno, del estudio de todo aquello que lo atraía o le generaba curiosidad. Así, tanto las condiciones de trabajo como la estructura económica se transformaron en algo completamente diferente a aquéllas que habían asegurado el trabajo de los científicos en el pasado. Ahora el poder lo tienen los organismos de financiamiento, los cuales han llegado a controlar las investigaciones, anulando de

esta manera la autonomía intelectual que los hacedores de ciencia y los hombres de cultura habían pretendido tener respecto al poder político. Con el transcurso del tiempo, y principalmente por lazos económicos, la ciencia se transformó gradualmente en una profesión, con más apego a la política, la industria y la sociedad. El sueldo del científico creó obligaciones con respecto a sus empleadores, los cuales hoy en día deciden qué y con qué medios deben realizarse los estudios. Así, los descubrimientos deben hacerse con total apego a lo programado.

Ahora bien, llegado a este punto crucial, ¿qué propone el autor para solucionar el problema, tanto el de los científicos como el de la ciencia moderna? Di Trocchio se queda al margen de proponer una solución contundente, propositiva; únicamente comenta que hay que devolverle a los científicos su libertad para hacer y/o crear ciencia; que vuelvan los ociosos de antes que hacían ciencia por afición, por convicción, o por lo que haya sido, pero no dice cómo hacerlo. No dice de qué manera se les puede liberar de su profesión.

Para el caso de la ciencia del futuro presenta cuatro escenarios posibles, entre ellos la involución, como uno muy probable; también muestra un escenario cualitativo y retrospectivo para los científicos, y un escenario cuantitativo y prospectivo para la ciencia. Para el escenario optimista de la ciencia nuestro autor vislumbra un horizonte estable, después de alcanzar su punto de inflexión; para el escenario de los científicos, sin embargo, no se percibe un escenario convergente; más aún, da la impresión de que, para el autor, el científico y la ciencia tuviesen futuros opuestos. Todo ello, en su conjunto, implicaría que tanto la ciencia como el científico no tuviesen el mismo objetivo; en una palabra, divergen. No queremos decir que el autor desconoce cómo hacerlo, sino que desea resaltar la complejidad del problema. Di Trocchio se queda al borde del abismo, precisamente porque cuestionarse el por qué de las cosas no lo lleva a ningún lado.

En la escritura de Di Trocchio hace sentir que él se considera una persona superior. Sostiene la idea de que la gente extraordinaria, por el simple hecho de serlo, tiene el derecho de cometer cualquier crimen —y mantenerse impune cuando se pueda— si es por el bien de la sociedad, y muy en particularmente, de la ciencia. Por ello no es casualidad que comience su libro haciendo referencia a verdaderos gigantes de la ciencia, y que su análisis se remita sólo a ellos, y a aquellos científicos que han recibido el premio Nobel. Pero, ¿por qué ellos, y no otros? Porque estas leyendas de la ciencia no fueron personas ordinarias, es decir, además de sus indiscutibles contribuciones a la ciencia, Claudio Tolomeo, Galileo Galilei, Isaac Newton y Albert Einstein fueron personas que tuvieron, sin lugar a dudas, grandes responsabilidades en su vida, las cuales se reflejaron en privilegios que terminaron por convertirse en innegables muestras de poder. Como ya se ha mencionado anteriormente, en el siglo XVI Francis Bacon proclamaba que el conocimiento es poder, y que dicho poder es empleado para proclamar la utilidad de la sabiduría; la

ciencia, por lo tanto, es valiosa por todo lo que nos permite hacer en el mundo. Como puede apreciarse, los cuatro hombres de la ciencia a los que Di Trocchio se refiere en su libro, presentan y representan diversos matices de poder que definitivamente se derivaron en otras cosas, por ejemplo: prestigio, goce de privilegios, estatus, estabilidad socioeconómica, etc.

Finalmente, interesa resaltar que Di Trocchio comunica un mensaje contundente: sólo los poderosos trascienden en el tiempo. Y esto es más que lógico, ya que a lo largo de la historia humana se han construido múltiples monumentos: ¿acaso se piensa que las pirámides de Egipto fueron construidas como hermosas piezas de arte y con el único fin de que fueran admiradas por su trabajo arquitectónico?, ¿o que fueron construidas únicamente como tumbas? No. Las pirámides de Gizeh también son monumentos de poder absoluto, así como el Taj Mahal y las pirámides de Teotihuacan, o las de Tenochtitlan. Todas estas edificaciones son símbolos evidentes y contundentes de poder.

La lista puede continuar, porque en determinado momento de la historia simplemente “alguien” tuvo el poder de hacerlo y gozaba de ese privilegio. Es una cuestión de posicionamiento, sin embargo, afirma Di Trocchio, todo sea en nombre y para el triunfo de la visión científica del mundo. Nuestro autor hace ver que el poderoso es quien puede trascender en el tiempo, pero aun así el poderoso siempre ha querido ir cada vez más allá de esa frontera llamada poder; trascender temporalmente ya no es suficiente —de hecho, nunca lo ha sido—. El ser humano quiere estampar su firma en el libro de la inmortalidad; eso es lo que todo ser humano desea, o al menos sueña con lograr algún día.

REFERENCIAS

- DE BIANCHEDI, Elizabeth T. (2001), “Mentiras y falsedades”, *Psicoanálisis AP de BA*, vol. 23, núm. 1, pp. 181-199.
- MELTZER, Donald (1990), *El desarrollo kleiniano* (parte III), Buenos Aires, Spatia.